

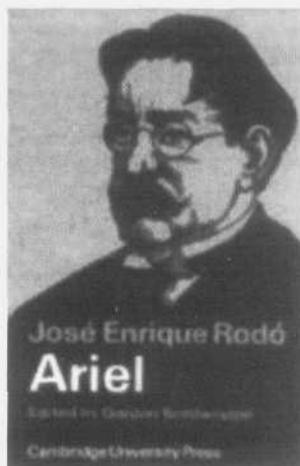
## RODÓ Y LAS AGUAS DE HIPOCRENE

*En ocasión del centenario de Ariel*

Hernán G. H. Taboada

**Aunque** fuera entre palabras corteses y afectuosas, Miguel de Unamuno supo mechar, contestando a la carta que le enviara José Enrique Rodó junto con un ejemplar del *Ariel*, algunos tonos profesoriales llenos de intención: escribió en griego un par de palabras griegas, citó a Wordsworth en inglés, señaló que leía poco en francés y prefería hacerlo en alemán, inglés y noruego y mencionó al pasar, entre varios nombres de literatos franceses, a uno que le parecía superior a Renan. Entrando a la opinión sobre el *Ariel* que el uruguayo le mandara, se quejó de una excesiva influencia mercurial (los “dei maiores del *Mercure de France*”, nos aclara en otra parte) que tanto le disgustaba, y terminó confesando que sentía extraño lo latino y aun lo helénico, aunque se dedicaba a enseñar griego clásico y a pesar de sus extensos estudios sobre las lenguas romances. En carta poco posterior a Leopoldo Alas (“a usted que estudia y lee”), la crítica de Unamuno puede dejar de lado las formas corteses: lo leído en Rodó se puede encontrar cien veces en la prensa parisina (y se reencontraría centenares de veces después).<sup>1</sup>

No es imposible que algún resquemor personal dejara traslucir a Unamuno estas conocidas palabras<sup>2</sup>, aunque su constante atención al público americano y a posibles pesetas las diluyera, mas creo que su juicio daba en el blanco. Rodó leía poco inglés y menos alemán (y supongo que tampoco noruego) y, del mismo modo que era capaz de citar de oídas a Schopenhauer o a Poe, su aparato erudito era más bien de relumbrón, con los franceses como fuente más directa. Para nosotros es más difícil comprobarlo de lo que fue para Unamuno, pero si reflexionamos un poco, caemos en cuenta que cuando habla interminablemente sobre cuadros italianos y holandeses, ponderando ampliamente sus virtudes pictóricas, diserta sobre dramaturgia y música o describe el Cotopaxi o Andalucía, en realidad repite lo ajeno; cuando en el *Ariel* explaya la metáfora del rosetón gótico recordaría alguna imitación uruguaya en ladrillo, o más probablemente repetiría una metáfora ajena. En efecto, ¿qué podría haber conocido directamente de todo aquello cuando apenas había salido de Montevideo, cuando en la misma París se quejaba Huysmans de las dificultades para apreciar plenamente un concierto, cuando Martí confesaba que sólo en Madrid pudo



Tapa del libro *Ariel*  
Cambridge University Press (1967)

tener conocimiento de los cuadros de maestros tanto tiempo mencionados y, décadas después, Vasconcelos añoraba las reproducciones de los manuales franceses? A falta de éstos, lo que llegaba a nuestros países en 1900 acaso serían algunas de las nebulosas reproducciones que las técnicas de la época permitían. Ante tanta inopia, Rodó debía conformarse, pese a sus afirmaciones en

contrario, con la información que le brindaban diccionarios, manuales y repertorios<sup>3</sup>. Sobre la popularidad de este tipo de literatura nos ilustra el periodista refinado de los *Recuerdos del escribiente Isaías Caminha* (1907-1909), que al morir deja una biblioteca surtida de Bourget, Maupassant, “ningún historiador, ningún filósofo, ningún estudio de crítica literaria, pero sí diez de anécdotas literarias de autores de todos los tiempos y de todos los países”<sup>4</sup>. La falta de originalidad ya fue notada, aunque en clave elogiosa, poco después de su muerte: mérito suyo haber revestido de suntuosas galas ideas ya corrientes. Sin embargo, más perdurable fue la veta de interpretación que recalca su novedad: no tuvo antecedentes, señalaba Samuel Ramos, fue el primero que alertó sobre el peligro yanqui, proclamaba Mario Benedetti. No me parecen acertados: si alguna originalidad hubiera tenido, los franceses habrían traducido a un autor que tanto los ensalzaba, pero nada de eso hubo: sólo durante la Gran Guerra pensaron en utilizar algún escrito de Rodó como propaganda latina ante la barbarie germana, pero no lo hicieron; el *Ariel* terminó

<sup>1</sup> Véase la muy comentada carta de Unamuno a Rodó y fragmentos de la dirigida a Leopoldo Alas en *Obras completas*, editadas, con introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal, segunda edición, Madrid, Aguilar, 1967, pp. 1375-1397.

<sup>2</sup> Empeñado en una empresa semejante a la de Rodó, Unamuno había recibido peor trato que éste de la plumada Clarín. Véanse los detalles en Stephen G. H. Roberts, “The reception of *Ariel* in Spain: Rodó, Unamuno and the emergence of the modern intellectual”, en Gustavo San Román, ed., *This America we dream of: Rodó and Ariel one hundred years on*, London, Institute of Latin American Studies, 2001, pp. 68-91.

<sup>3</sup> Lo nota su benévolo biógrafo Real de Azúa en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, prólogo de Carlos Real de Azúa, edición y cronología Ángel Rama, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. lxxi.

<sup>4</sup> Lima Barreto, *Dos novelas: Recuerdos del escribiente Isaías Caminha / El triste fin de Policarpo Quaresma*, prólogo y cronología Francisco de Assis Barbosa, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, *Caminha*, cap. 9, pp. 82-83.

vertido al francés por el esfuerzo y los francos de la colonia latinoamericana en París, y mucho después por el afán arqueológico de algunos hispanistas<sup>5</sup>. Las dos traducciones al inglés (1922 y 1988) estuvieron a cargo de dos diplomáticos estadounidenses que habían servido en el Plata. En alemán, la traducción de Ottmar Ette es reciente. Rodó vio fracasar sus esfuerzos por imprimir su obra incluso por las mucho menos exigentes prensas españolas. Salvo ejemplos aislados y enigmáticos, no fue conocido ni apreciado en Europa. Con motivo de la traducción al inglés de los *Motivos de Proteo* hubo tres amables reseñas en Gran Bretaña y dos en Estados Unidos; una de estas últimas hace recuento de “*parables in profusion to illustrate platitudes, beautiful paragraphs to convey obvious thoughts, rhetoric woven into heavy brocades to cover vacuity*”<sup>6</sup>. Lo cual tampoco me parece injusto.

La labor translaticia que merecía estos últimos juicios emanaba de un profundo eurocentrismo de contenidos, perspectiva y sentimientos, tan compenetrados que lindaban con el racismo: aunque suele decirse que la palabra raza no tenía entonces las connotaciones que le dio el nazismo, el *Ariel* habla sin recato de “arios”, de “razas pensadoras”, con una creciente capacidad craneana. Con agudeza señaló Real de Azúa que su actitud ante Europa “se parece extrañamente a lo que Marx, en su examen de la ‘alienación económica’ y la ‘alienación política’, sostiene que el alienado adopta ante la Mercancía o el Estado: ajenidad, reverencia, ignorancia que están hechos con su propia sustancia”<sup>7</sup>. El mismo insustituible autor marca cómo el “no los amo pero los admiro” referente a Estados Unidos supone que en relación con Europa *puede* existir un sentimiento equiparable al amor. Le avergüenzan las “masacres manchúes” que se producen en América porque los europeos las están viendo<sup>8</sup>. Rodó a menudo nos describe la chatura espiritual de su patria, nota que nuestros países no son terreno fértil para la creación espiritual. Con el entusiasmo de un “falsificado boulevardier” (postura que criticaba en otros), como legiones antes y después, soñaba con irse de América y visitar la adorada Europa, París, “el centro del mundo, la

capital del orbe civilizado”<sup>9</sup>. Hasta para trazar los perfiles del Otro, cuyo modelo podía haber hallado en las castas americanas que esperaba desaparecieran, prefirió el retrato que ya los europeos le tenían coloreado: el Oriental<sup>10</sup>. En Rodó, la Persia poética, la China cerrada o la India enervante son pálida copia malentendida de otras borrosas copias (él reprochaba esto mismo a los románticos).

De este eurocentrismo deriva la escasez de referencias americanas en su obra: casi absoluta al principio, es tímida en los *Motivos de Proteo* (1909), reducida a Colón, Balboa, Pizarro, Las Casas, Bolívar, Sarmiento<sup>11</sup>. En *El mirador de Próspero* (1913), que reúne colaboraciones periodísticas de años anteriores, ya hay secciones dedicadas a Bolívar, Juan María Gutiérrez, Montalvo o Gómez. Pero las consideraciones sobre el arte o el espíritu no suelen salir de los referentes europeos que sus fuentes le iban soplando: cuando leemos media frase sobre “el sueño del cóndor”, es para enterarnos por la otra mitad que no es reminiscencia de un panorama andino sino de Leconte de Lisle, que ya había hablado de dicho vuelo<sup>12</sup>. Se ha lamentado varias veces la somera aparición de los indios en sus escritos, que sólo exhiben el estereotipo de pueblos salvajes o masas sometidas a una teocracia<sup>13</sup>. Y si alguien musitara que en el Montevideo de 1900 ya no había charrúas, hay que replicar que ciertamente habían llegado cantidad de inmigrantes europeos (uno de ellos el padre de Rodó) que ocupan en su obra el mismo espacio reducido y estereotipado (“multitud cosmopolita”, “torrente humano”) que los indios. Ni se diga de negros, chinos o árabes, que también conformaban la población americana. Y como los temas el estilo: retomando la caracterización rodoniana de Darío, Zaldumbide notó que el estilo de Rodó no es americano, y cualquiera puede hallar en él mina de galicismos.

En cuanto a uno de sus más celebrados motivos, ya hace mucho que se ha indicado cómo su crítica a los Estados

José Enrique Rodó (1871-1917)



<sup>5</sup> Véase Noël Salomon, “L’auteur d’*Ariel* en France avant 1917”, *Bulletin Hispanique*, 73, 1-2 (1971), pp. 1130.

<sup>6</sup> Gustavo San Román, “Rodó in the United Kingdom, or the power of an eloquent summary”, en Gustavo San Román, ed., *This America we dream of: Rodó and Ariel one hundred years on*, London, Institute of Latin American Studies, 2001, pp. 92-115.

<sup>7</sup> Carlos Real de Azúa, prólogo a José Enrique Rodó, *El mirador de Próspero*, Montevideo, Ministerio de Educación Pública y Previsión Social, 1965, p. xlviii.

<sup>8</sup> OC, p. 1073.

<sup>9</sup> Rodó, *El mirador de Próspero*, en OC, p. 536.

<sup>10</sup> Lo nota Ottmar Ette, “Así habló Próspero: Nietzsche, Rodó y la modernidad filosófica de *Ariel*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 528 (June 1994), pp. 48-62.

<sup>11</sup> Las contabiliza también Carlos Real de Azúa en el citado prólogo a los *Motivos de Proteo*.

<sup>12</sup> Rodó, *Ariel*, en OC, p. 243.

<sup>13</sup> Véase Gordon Brotherston, “Rodó views his continent”, en Gustavo San Román, ed., *This America we dream of: Rodó and Ariel one hundred years on*, London: Institute of Latin American Studies, 2001, pp. 3549, y del mismo autor “La América de José Enrique Rodó: sus bordes y sus silencios”, en Ottmar Ette y Titus Heydenreich, eds., *José Enrique Rodó y su tiempo*, Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2000, pp. 59-71.

Unidos está basada en lugares comunes también de origen francés. Posiblemente los importara al Plata el franco-argentino Paul Groussac, que después de trabajar de tropero en las rutas del interior hizo fortuna como intelectual exquisito y aparece entre las fuentes de Rodó. En todo caso, no es la crítica mucho más informada de José Martí, que vivía en Nueva York. Ya para entonces los bárbaros del norte tenían cátedras de estudios latinoamericanos (ni en España ni en ningún país latinoamericano las había), colecciones de pintura italiana y manifestaba su amor a Grecia la seria erudición de Basil L. Gildersleeve, Paul Shorey o William Abbott Oldfather, o una misión arqueológica en Atenas, no la garrulería de quien era incapaz de reconocer un aoristo.

Y si se equivocaba en la valoración de la cultura yanqui, Rodó nada menciona de la penetración económica de Estados Unidos (ya una realidad en Cuba y México y que empezaba a notarse en el Río de la Plata): si la hubiese conocido la habría visto con buenos ojos, porque su esquema básico era todavía el de civilización y barbarie, por lo que al hablar de la influencia inglesa, entonces mucho más persuasiva en el Plata, se limita a señalar “los estímulos de su capital expansivo y civilizador”<sup>14</sup>. Y tampoco critica otro aspecto censurable de la sociedad estadounidense: la discriminación racial<sup>15</sup>: los negros no aparecen en sus páginas ni siquiera cuando le habrían sido útiles.

Claro está que debemos considerar las circunstancias: había normas menos estrictas en el mundo hispanohablante de la época; se dijo que Menéndez Pelayo, admirado por Rodó, introdujo en este mundo el exotismo de las notas a pie de página. El “sobrentendido pedante” y las citas de enésima mano eran pecado extendido y perdonado, el plagio era común y confeso, los *dei mercuriales* por doquier venerados. Sin ambages Rubén Darío expresaba “amo más que la Grecia de los griegos / la Grecia de la Francia”<sup>16</sup>. Entre tanta charlatanería criolla, hoy apenas mejorada, bien podía Rodó sentar plaza de erudito. Tampoco era excepcional el galocentrismo que transpiraba: si leía libros franceses era porque muy pocos de los españoles y americanos trataban temas actuales y de interés; la ciencia anglosajona y alemana venía por intermedio de aquellos, que también conformaban el gusto: la referencia a Enjolrás en las páginas finales de *Ariel*, que en nuestros días hizo necesaria una búsqueda en Internet, era captada sin dificultad por los lectores de Rodó, que eran también los de Victor Hugo<sup>17</sup>.

Ir más allá del trasunto era muy difícil en nuestros páramos intelectuales y de América muy poco hablaban los europeos entonces: apenas comenzaba la corriente de polígrafos brillantes que en giras triunfales dictaban conferencias y después interpretaban sabiamente lo visto y vivido para que los interesados aprendiéramos sobre nosotros mismos. Acababa de pasar Rafael Altamira; Anatole France, venciendo el desprecio que le inspiraban públicos como el

nuestro, estuvo en Uruguay en 1909<sup>18</sup> y Rodó pronunció un discurso en su honor; sólo más tarde iban a llegar José Ortega y Gasset, el barón Keyserling y el agudo André Siegfried. En estas circunstancias, es de elogiar la gran labor de búsqueda en bibliotecas, así como la epistolar y de intercambio de materiales, posibles gracias al mejoramiento de los servicios postales que permitieron a Rodó recibir la creación de escritores lejanos, así como enviar las suyas (y el *Ariel* debió no poca de su fama a una promoción tenaz de su autor), pero en general se halló, para escribir sobre América, como de Montalvo en Ipiales lamentó: “allí llegó sin libros, allí permaneció sin tenerlos”, pobreza que permite celebrar en él un gran esfuerzo pionero de crítica americana.

Y este esfuerzo nacía, como han explicado quienes quieren paliar su eurocentrismo, de un profundo trasfondo americanista, una preocupación constante por los problemas de nuestro continente, tanto que Samuel Ramos, en la estela de multitudes, lo llama “escritor de América”, y el bueno de Arturo Ardao reunió un volumen sobre el americanismo de Rodó. También se ha descubierto que escribió varias páginas y participó en una marcha contra la intromisión estadounidense en el Caribe y se recalca que el *Ariel* nació de su dolor por la guerra del 98. De acuerdo. Completamente aislado de su realidad, Rodó no hubiera querido ni podido ser diputado; si escribía era principalmente para sus pares, si América lo aclamó fue porque hablaba el idioma y desplegaba los temas que complacían a sus lectores. Rodó estaba más cerca del intelectual político de la generación anterior de lo que suele decirse, sabía de su país y de América mucho más de lo que nos cuenta. Si no eligió la crónica urbana sino el tratado moralizador no fue por falta de saber, sino por voluntad de ignorar: las sudorosas masas de inmigrantes, las realidades de la explotación rural, la poesía lujuriosa del modernismo, las manifestaciones culturales de los bajofondos montevidianos, toda aquella cercanía odiosa quiso enterrar.

No carece de relación este aislamiento con el carácter retraído, misógino y moralista que los biógrafos apuntan. Carecía de moneda y vivía en una sociedad machista, tradicional y materialista. Enseñó en la universidad, pero su enseñanza fue breve e incolora. De a poco descubrió que su camino hacia la gloria se apartaba de su circunstancia para inventarse a sí mismo como oráculo de

<sup>14</sup> OC, pp. 647 y 1221.

<sup>15</sup> Lo nota José Antonio Matesanz, “Rodó y los Estados Unidos”, *Revista de la Universidad de México*, 26, 2 (oct. 1971), pp. 16-24.

<sup>16</sup> “...porque en Francia / al eco de las risas y los juegos / su más dulce licor Venus escancia”, “Divagación”, en *Prosas profanas*.

<sup>17</sup> Hugo Achugar, “Quién es Enjolrás: Ariel atrapado entre Victor Hugo y Star Trek”, *Casa de las Américas*, n. 222 (2001), pp. 75-83.

<sup>18</sup> Una vez más es Real de Azúa quien rescató una preciosa caracterización de Anatole France: de trato difícil, veía con desprecio públicos como los nuestros ante los cuales “on doit se mettre à quatre pattes et faire joujou”, Prólogo a *El mirador de Próspero*, p. li.

una comunidad ideal y lejana. Algo semejante sospechó Isaiah Berlin en la trayectoria de Karl Marx<sup>19</sup>. Ya un reposado y convencional señor a sus veintinueve años, imaginó a un grupo de discípulos que lo escuchan encandilados y sin hablar. Posaba como rebelde cuando era un perfecto hombre del establecimiento, presumía de latino e ignoraba el latín, se extasiaba ante el Renacimiento y en Italia se expresaba en francés. Hasta fama de bohemio, hasta atractivo con las mujeres le quisieron inventar los ya incondicionales sucesores<sup>20</sup>.

Su símbolo fue Proteo, como hizo saber al mundo, el cual “para eludir la curiosidad de los hombres apelaba a su maravillosa facultad de transfigurarse en mil formas diversas”<sup>21</sup>. Sin morderse la lengua podía con razón criticar el “decadentismo literario, que adquiere tintes de parodia al combinarse con los rasgos aldeanos de nuestra literatura”, podía denunciar los “remedos de remedos” de quienes no van a las fuentes originarias<sup>22</sup>, porque él supo fingir mucho mejor una ciencia que le era bastante alejada. Los ditirambos que se le siguen dirigiendo no la ponen en duda. Uno de estos, poco después de su muerte, hizo notar que las ideas de Rodó ya se iban difundiendo y no deja de citar un escrito francés hasta donde había llegado su influencia. Homero termina siendo copia de Virgilio. Las críticas que hubo en los inicios se dirigieron a la desmesura de querer hacer helenos de un material humano tan degradado como el nuestro; las posteriores, al carácter idealista de sus recetas, o a su conservadurismo. Pocos dudaron de su ciencia, aunque tuvo palabras en esa dirección Franz Tamayo, cuya morada no fue la atlántica Montevideo, abierta a las innumerables naves de la Europa, sino la inaccesible capital de Bolivia, para llegar a la cual se requería tras el desembarco de un azaroso viaje en tren y luego una cansada cabalgata en mula. Sin embargo, Tamayo pudo dejarnos no sólo observaciones atinadas sobre la sociedad que lo rodeaba, que pinta como de ignorantes papagayos, sino también una serie de apotegmas que abrevan en las fuentes más diversas (sí, incluso las traducciones alemanas del *Rig Veda*). Y uno de estos apotegmas reza: “El mal de los mejores como Rodó viene del mero traslado de ideas y calco de estilos franceses. Se es nadie cuando no se es uno mismo”<sup>23</sup>.

Que otras rutas eran posibles nos lo señala el tono mismo de otros imitadores que terminan burlándose de sí mismos, como Julio Herrera y Reissig, que no salió de Uruguay en su vida y poetizaba sobre huríes y odaliscas mientras subsistía de galleta y mate amargo, con algo más que su padre le pasaba para cigarrillos. Mientras Rodó evocaba con unción las veladas de Médan como si fuera *habitué* del lugar, el chileno Augusto D’Halmar recordaba cenáculos santiaguinos a los que acudían los escritores porque ahí “*me dan* café con leche”. El humor le faltó a Rodó junto con la ciencia.

Todo lo anterior ha sido ampliamente señalado desde hace décadas, y me sorprende entonces la cantidad de estudiosos que en ocasión del centenario de *Ariel* han seguido tomando en serio su mensaje: las nefastas clases medias, que con razón Dardo Cúneo veía en el origen de la popularidad del libro<sup>24</sup>, siguen haciendo de las suyas y en medio de la debacle no pierden la esperanza de constituirse en la minoría ilustrada que, emolumentos de por medio, guíe a las masas hacia el espíritu. Provecho obtendrían todos ellos en revisar las burlas que ya desde los años veinte se le dirigieron desde los más diversos ángulos, incluyendo el de José Vasconcelos, con el cual por una vez estoy de acuerdo. Si en algún momento tuvo opiniones no disímiles a las del *Ariel*, que comentara con su pares en el Ateneo de la Juventud, lo fue cambiando la experiencia reunida en Estados Unidos, Europa y América Latina: ya en 1925, *La raza cósmica* marca sus distancias sobre la interpretación de Estados Unidos, pero más rotundo va a ser el malhumorado Vasconcelos de 1938. Al recordar su travesía por los Andes colombianos y evocar a Jorge Isaacs, no dejó de recordar que faltaban en la América Latina figuras como Poe, Emerson o William James, “y sólo nos pudo creer hijos predilectos del espíritu José Enrique Rodó, que era un provinciano de genio retórico”<sup>25</sup>.

Ir más allá del trasunto era muy difícil en nuestros páramos intelectuales y de América muy poco hablaban los europeos entonces.

El *Ariel* terminó vertido al francés por el esfuerzo y los francos de la colonia latinoamericana en París, y mucho después por el afán arqueológico de algunos hispanistas. ■

<sup>19</sup> Isaiah Berlin, “Benjamin Disraeli, Karl Marx y la búsqueda de identidad” (1970), en *Contra la corriente*, México, FCE, 1983, pp. 328-364.

<sup>20</sup> Véase el *Homenaje a José Enrique Rodó*, Montevideo, Revista Ariel, 1920.

<sup>21</sup> Rodó, *Motivos de Proteo*, en OC, p. 309.

<sup>22</sup> En el prólogo a las *Narraciones* de Juan C. Blanco Acevedo, de 1898, OC, p. 987 y sobre *Harpas en el silencio*

de Eugenio Vaz Romero, de 1900, OC, p. 998.

<sup>23</sup> Franz Tamayo, *Proverbios, II* (1924), en *Obras escogidas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 175.

<sup>24</sup> Dardo Cúneo, “Un intento de análisis del *Ariel* de Rodó”, *Cuadernos Americanos*, vol. 169, n. 2 (1970), pp. 138-145.

<sup>25</sup> José Vasconcelos, *El Proconsulado* (1938), en *Memorias, II*, México, FCE, 1993, p. 992.